

llevaban en ofrenda trípodes de plata, vasos de oro, que hacían del templo una increíble maravilla. Pues bien, Juno en Samos llevaba el traje de novia, y protegía las bodas griegas acompañadas por vírgenes ceñidas de guirnaldas y por mancebos tañedores de flautas. Sería de ver en otros templos, bajo el cielo de Argólida, y en la ciudad de Argos, á las orillas del arroyo Eleuterio, á la sombra de los plátanos que bordan la vía de Micena, el gran pontífice de aquella región, la sacerdotisa de Juno, circundada por los guerreros que vibran lanzas de oro yalzada sobre un carro sacratísimo, del cual tiran dos bueyes blancos, y que va solemnemente á los colosales altares donde se descubre tallada en marfil y sobre un trono de oro la estatua de la diosa con las gracias y las horas esculpidas en su diadema, en una mano la granada nupcial y en otra el cetro regio, ceñido el manto de verdes parras, y puestos los piés sobre una piel de león, representando así toda la grandeza de su hermosísimo sexo, realizada en la majestad suprema de una forma verdaderamente grandiosa, pero femenil y graciosísima. Pues si los templos de Juno en Samos y en Argos representan la grande apoteosis de la mujer, no lo representa menos el templo de Minerva ó de Palas en Atenas. Dichosos los griegos que habían adquirido la santa libertad, y adquiriéndola con su esfuerzo y

concentrándola en servicio de su progreso, habían roto las hieráticas formas antiguas y revestido á sus divinidades con hermosísimas humanas formas. Mientras la escultura de Oriente se hallaba como presa en la esfinge, cuyo cuerpo concluía con cualquier extremidad zoológica, ya de ave, ya de fiera, la estatua griega se inspiraba en lo más hermoso que hay bajo el cielo, en la forma humana; y como la forma humana, si por sus piés se ligaba con el suelo inerte, por su cabeza resplandecía más que los soles del abismo, resplandecía como una estrella espiritual en lo infinito. Los griegos no querían que ni el valor siquiera estuviese representado por un varón como Marte. Para ellos á un mismo tiempo era Palas diosa de la guerra y diosa de la ciencia. Por tanto, en la grande Acrópolis, tras los propíleos donde las canéforas brillan, descúbrese la diosa Minerva, cuya lanza entreven los navegantes al cruzar el promontorio de Súnium, y á cuyos piés se depositan los rostros de las naves triunfadoras en Salamina y los escudos de los guerreros triunfadores en Maratón y en Platea. ¡Cuántas y cuántas efigies de mujer en estos templos consagrados al ideal femenino! Ved la obra más alta de todo el arte antiguo, y descubriréis en seguida cómo esa obra, ó sean los bajo-relieves de Fidias, enaltecen á la mujer antigua.

Neptuno ha producido el caballo indómito que ondula como la ola y sopla como el viento por sus narices abiertas; pues bien, Minerva extiende su mano y doma el hermoso bruto, sometiéndolo con sus áureas bridas al dominio y autoridad del hombre.

El carro en que Palas va de pie guiando los caballos por ella misma sometidos al freno, lleva consigo la columna que surge del suelo como germinación de grandes artes, la estatua divinizando nuestra forma humana, la oda subiendo en estancias armoniosas á las alturas más inaccesibles del espíritu, la epopeya, la filosofía, la tragedia, toda la humana cultura. Los bajorelieves que ornán el friso exterior de la sacra casa donde se rinde culto á Minerva, esos bajorelieves esculpidos por el cincel de Fidias, resplandecen como la corona más espléndida y más luminosa del humano arte. Atenas, despojada hoy de todas sus preseas y de todos sus timbres; envuelta como Jerusalén y como Tiro en el sudario de sus cenizas; bajo el peso abrumador de sus escombros; sin Acrópolis que la defienda; con el Partenón destrozado como un escudo viejo de nobleza roto y deshecho; falta de dioses para protegerla, de poetas para cantarla, de filósofos para subirla en alas de sus ideas á los cielos de su espíritu; sellado el atleta de sus juegos olímpicos y

el héroe de sus batallas épicas, todavía con la marca no bien borrada de la servidumbre; por correr tantas ideas en aquel suelo bendito y alzarse inspiraciones tantas de aquellas ruinas inertes, y resplandecer en sus cielos y en su historia tantos recuerdos, todavía es hoy la sibila de la conciencia humana, y el punto supremo y más alto de la civilización universal. Así la diosa, que protege á tal ciudad, y el templo donde habita, representan títulos indelebles y sagrados de la nobleza natural á nuestra especie. Los bajorelieves, ya lo hemos dicho, son como la diadema del arte humano, como la diadema sacra y espléndida. En el pórtico, á la salida del sol orientado, dentro del santuario, ante cuyas efigies día y noche arde áurea cinceladísima lámpara, entre los coros de las bellas estatuas que sostienen sobre sus cabezas las cornisas, allí donde se borda el *peplum* de Minerva, allí donde se adora el ideal humano, por las escaleras majestuosísimas, por los peristilos policromos circuidos de columnas dóricas, celébranse las fechas en que Atenas unificó sus barrios, las panegirias ó concursos de música y poesía, las naves que llegan al Pireo, los trabajos agrícolas que renuevan la tierra, las procesiones donde va la juventud ateniense de uno y otro sexo envuelta en sus trajes de lino, llevando ya un ramillete, ya un candelabro; los sacrificado-

res que conducen á las hecatombres el buey víctima ceñido por frescas flores; los talóforos con la oliva en sus manos y los odres llenos de aceite sacro á sus espaldas; los músicos tañendo cítaras y soplando en flautas para concertar sus armonías con los divinos hexámetros cadenciosos; todo cuanto puso el buril en las manos de Fidias y el pincel en las manos de Apeles, el verbo épico en los labios de Homero y el verbo trágico en labios de Sófocles, la poesía lírica en Píndaro, la elocuencia en Demóstenes y el pensamiento en Platón. Tal florecencia de las almas y tal cosechas de ideas débense principalmente al culto prestado por los atenienses en su Palas al ideal femenino.

Bien es verdad que no fué privativo de Atenas este culto; tomando la vía quebrada que conduce á Delfos, sita entre las dos cumbres del Parnaso, habitación de las musas, encuéntranse vírgenes coronadas con zarzas del Eurotas, quienes, al són del tímpano, trenzan una danza vertiginosa, en que ondean al aire sus ligeros trajes de gasa descubriendo las perfectas formas. Van á Delfos en esta especie de procesión litúrgica para saludar al oráculo de Apolo, el cual verdaderamente no puede hablar, sino por boca de una mujer, por boca de su pitonisa. Ésta representa la divinidad sobre su trípode. Las respuestas que da escribelas en sus tablillas un

profeta coronado de laureles. En torno suyo están de hinojos los suplicantes con las manos cargadas de ramilletes compuestos por ramas de olivos; nubes de incienso la ocultan casi á las miradas indagadoras del profano; la adelfa le sirve de dosel y la trípode le sirve de trono; una fuente corre á su lado; una culebra se arrastra tortuosamente á sus piés, y una caverna horrible abre sus fauces á las espaldas. Cuando tras ayunos largos y oraciones repetidas suena la hora de proferir un oráculo, toman sus músculos rigidez suma, escalofríos sus carnes, sacudimientos epilépticos sus nervios, gestos convulsivos su rostro, relámpagos sus ojos, sus labios vibraciones extrañas, su corazón latidos y golpes redoblados, porque un dios habita en ella, y este dios, que le ha sugerido las ideas, hala condenado también á parirlas entre dolores extremos y convulsiones terribles. Pero todo esto no representa otra cosa, no quiere decir otra cosa en puridad y en suma, sino que la mujer obtiene un culto religioso tal como lo permitían aquellos tiempos en la divina Grecia. La Diana en Efeso, la Ceres en Eleúsis, la Juno en Samos, la Palas en Atenas, en el Parnaso las musas, en el Partenón las canéforas, las pléyades en el cielo, las ninfas en el campo, las náyades en el arroyo, las bacantes en las embriagueces del mosto, las sirenas en los escollos, la pi-

tonisa en Delfos, representan el culto religioso á la mujer en el seno de la Grecia, pues nunca hubiera sido esta tierra tan luminosa intelectualmente y en las artes y en la poesía tan bella sin esta religión sacra.

Veamos, pues, la mujer griega en el teatro antiguo. Ya hemos dicho las razones históricas que nos han movido á preferir Medea entre tantas heroínas como hubiéramos podido escoger en el teatro antiguo. Representando Ceres la edad de los dioses, Dafne la edad de los semidioses, Helena la edad de los héroes, necesitábamos una mujer que representase la edad de los reyes, y ninguna representa esta edad como la maga Medea. En el teatro militan razones análogas á favor de nuestra preferencia. El más perfecto de los trágicos es indudablemente Sófocles, y la más perfecta entre todas sus mujeres indudablemente Antígona. Por eso, ya lo hemos dicho, levantamos estas dos figuras en el vestíbulo de nuestro templo. Aunque Aristóteles llamó á Eurípides el trágico por excelencia, no ha sancionado la remota posteridad este prematuro juicio, al cual faltaba esa perspectiva del tiempo que concluye por poner las cosas en su punto hasta sublimándolas y engrandeciéndolas. No puede, no, Eurípides compararse con Sófocles en perfección y armonía. Éste reúne á la ciencia la piedad,

y resulta como la flor oliente y como el fruto madurísimo de la época más ilustre y de la libertad más alta por que hayan pasado los griegos. Otra es la situación y otros son los caracteres, como apunta Müller con mucho fundamento: aunque naciera Eurípides catorce años después de Sófocles y muriera seis meses antes, parece pertenecer á otra edad. La razón y la fe, concertadas en el autor incomparable de Edipo, se desconciertan en el autor de Medea. Uno de los resortes más dramáticos en el teatro antiguo es el oráculo, el augurio, la profecía ó adivinación. Para Sófocles tal dón puede provenir, ó bien de un mérito propio y personal, ó bien de la divina gracia, y existe con verdad y con eficacia en las realidades vivientes. Al crecer su ilustre sucesor Eurípides, el humano espíritu pasa por otra fase y atraviesa otra edad histórica. Así el oráculo aparece á sus ojos, ó como un sortilegio de magia, ó como un resorte de drama. La reflexión domina en Eurípides ya sobre la fe, y la reflexión tiene mucho de sabia, poco de estética. Cuando se lee una tragedia suya obsérvase que la moral predomina en su ánimo sobre la poesía. En los momentos más trágicos, en las situaciones más extremas, ocurrenle miles de sentencias muy congruentes con cualquier lección escolástica y muy ajenas al teatro. Sófocles entra en las viejas leyen-

das y en las antiguas tradiciones como un sacerdote creyente y fiel pueda entrar en el templo donde se adoran sus divinidades y se guardan sus dogmas; pero Eurípides entra como un crítico, sabiendo que la estatua mejor y más preciada, la estatua de Palas, por ejemplo, era de metales preciosos y no de ideas verdaderas. Servíase también, como los otros grandes trágicos, del personaje legendario, mas para encerrar en él un personaje moderno. Razonar y no creer: he aquí el carácter predominante de Eurípides. Con sus obras ya estamos en plenos tiempos, que no llamaremos, no, prosaicos, pero que sí llamaremos humanos en contraposición á los sagrados del titán Esquilo y á los heroicos del perfecto Sófoles. Rota la grande armonía de Sófoles, se halla Eurípides mucho más cerca del drama moderno que ningún otro de los poetas antiguos. Eurípides, además, ha estudiado las mujeres helenas cual no las estudiaron su dos inmortales predecesores. En Esquilo, fuera de Atosa, la madre ilustre del rey Xerxes, y de algún que otro tipo femenino, preséntanse las mujeres en grupos como las danaidas, como las suplicantes, como las tebanas; en Sófoles, el autor de Antígona, la mujer es perfecta, y si no es perfecta, es víctima del destino, lo cual hasta en la perpetración de los mayores crímenes ¡oh! sirve á la conservación de

su pureza. La mujer de Sófoles parécese mucho en lo hermosa, en lo perfecta, pero en lo inerte y en lo fría también, á la estatua griega. En Eurípides aparece la mujer menos perfecta, pero más humana. Sobre todo, tómalala por protagonista de sus tragedias y le atribuye influjo grandísimo en la vida. ¡Hasta discursos políticos pone de grado en sus labios cuando quiere defender una tesis! Mil veces la crítica literaria surge de súbito en sus monólogos y en sus diálogos.

Medea indudablemente, y sin contestación alguna, pasará siempre por la tragedia más bella y más acabada del gran maestro. La pasión humana en todo su vigor, la pasión humana con todos sus extremos, la pasión humana en su vitalidad más exuberante circula como una especie de calor espiritual por el frío mármol pentélico, donde se tallan todas las obras clásicas. Los celos de la esposa repudiada en toda su intensidad, las cóleras consiguientes á las heridas abiertas en el orgullo y en el amor, las indignaciones más naturales en la víctima de un olvido ingrato y los proyectos de venganza implacable, componen los resortes de tal extrema tragedia. ¡Cuánto fuego unido al sereno juicio y al cálculo matemático! ¡Qué transportes de pasión y que sirtes de verdadero disimulo! ¡Cómo al ímpetu de la leona febril, sedienta de sangre,

se unen las mayores astucias congénitas á los seres débiles! No hay ningún héroe tan enérgico en los empeños del combate como esta mujer en los empeños del amor. Tiranízala con tiranía incontrastable el deseo de venganza, y sus ojos, fascinados, no ven otra cosa y su voluntad indómita no quiere otra cosa. Eurípides nos la presenta muchas veces en lucha entre su cólera de ofendida esposa y su amor de madre amante. Cuando quiere cebar su venganza en los hijos de Jasón ¡cuán oportunamente recuerda que también han ellos nacido á una de su amor y de sus entrañas! ¡Cuántas veces á tal consideración los maullidos de la tigre sedienta se truecan en los arrullos de la paloma que nutre á sus hijuelos piadosísima en su nido! El tipo de Medea no estaba intacto en el arte antiguo; un viejo poeta lo trató y hundióse la obra por completo en el triste olvido. Eurípides acertó á resucitarla, dándole ya en definitiva la forma con que ha pasado á las tradiciones humanas y en la que vive dentro de la historia universal.

Casi hemos dicho en todas las reflexiones antecedentes lo sabido y divulgado respecto de Medea por todos los teatros del mundo, que no han podido menos de mirar y á veces de reproducir tan siniestra heroína. En los menores incidentes de las tradiciones antiguas nótase á primera vista

el conocimiento profundísimo que habían allegado nuestros padres de la naturaleza humana. Medea pertenece á la familia del sol, como todas las grandes mujeres asiáticas en las viejas teogonías griegas. Para Grecia el prestigio de Asia consistirá en representar de antiguo á sus ojos la tierra donde halla el sol su luminosa cuna. Pero la representación principal de Medea estriba en su carácter marino. A este carácter debe su parentesco estrechísimo con Circe, de quien la creen unos hermana y sobrina otros. En efecto, la magia, la seducción, las agorerías, las nigromancias de Medea recuerdan, como las seducciones de Circe, todos los halagos puestos por las tierras de abordo y arribo para detener á los arribados y ligarlos con múltiples apretadísimas ligaduras. El genio antiguo ha sabido personificar en las sirenas amigas de los tritones, cuyo cuerpo remata en cola de precioso delfín, y cuyo rostro posee todos los talismanes conducentes á rendir después de atraer, los atractivos de los países recién descubiertos por viejos y audaces nautas. A esta especie artística y fabulosa pertenece Medea, sólo que se diferencia de toda ella por aparecer á un tiempo como seductora y como seducida en su luctuosa tragedia. Las inconsistencias de Jasón, su facilidad en prometer unida con sus dificultades en cumplir, el arrojo con

que á los mares y á sus peligros se fía para lograr un objeto codiciadísimo, las redes tendidas á una familia que le ha dado su hospitalidad, la conquista y robo del áureo vellocino, las mil industrias puestas en deslumbrar á su poseedor, el regreso á Grecia con Medea, la vuelta por toda Europa y parte de Asia, la mezcla de valor y astucia en sus empresas, el menosprecio de lo pactado, el abandono de la mujer amada, sus disposiciones á contraer nuevas nupcias y á fundar nueva familia, en fin, todo lo que constituye su vida y urde su historia, representa el conjunto de inevitables aventuras por que pasa forzosamente un descubridor de nuevas tierras en nuestros tiempos mismos. Oid á Stanley, oid á cualquiera de los que han explorado en este siglo nuestro tierras inexplorables casi, y encontraréis en ellos como un resumen de la vida hecha por Jasón y acomodada necesariamente á las inevitables fatalidades que pesan á una con grave pesadumbre tanto sobre la humanidad como sobre la naturaleza, reproduciéndose, á pesar de largas distancias en el tiempo y en el espacio, las mismas virtudes y las mismas faltas, en demostración de que permanece un fondo común humano en la historia y de que no podemos creernos ajenos á ninguna edad y á ninguna familia.

Historiemos. Reinaba en la Cólquide un monar-

ca designado con oriental nombre: Eetes. Tal rey hubo en su mujer Hécate varios hijos de uno y otro sexo. Entre los más célebres descollaba Medea, la cual aprendió en aquel palacio dos clases de artes: las alquímicas, por las que obtenía filtros y bebedizos, mixturas y otras diversas materias; las nigrománticas ó astrológicas, por las que obtenía horóscopos, adivinaciones, interpretación de los ensueños, anuncios de lo porvenir. Tenía este reino un vellocino de oro, es decir, todo el corte de las lanas de un cordero, su vellón, diminutivamente vellocino, que indicaba, como todas las fábulas, un signo, mejor dicho, un símbolo del precio y estimación dados á los esfuerzos del comercio y del trabajo en aquellos antiguos tiempos. Yo creo, lo creo firmemente, que aquel vellocino representaba de suyo algo así como el hallazgo é invención de la moneda, tan importante á los cambios cual importó á las ciencias la invención del alfabeto. En el mundo primitivo y rudimentario, cambiábanse unos productos por otros productos, lo cual ponía dificultades insuperables á la franca y abierta circulación del comercio. El vellocino de oro significa, pues, la conmemoración de algún feliz invento necesario al trabajo y al comercio. Para saber lo que importa un progreso así, basta con recordar lo que han importado progresos análogos en estos nues-

tros tiempos. ¿Cuánto no valió, por ejemplo, al comercio de nuestra era, cosa tan tardamente hallada, y que á primera vista parece tan fácil de hallar, como la letra de cambio? Pues para facilitar las transacciones entre puntos lejanos y el envío fácil de valores crecidos, empleábanse nada menos que las piedras preciosas antes del hallazgo de las letras de cambio. Lo que la invención del papel para la escritura, encontrado aquí en Játiva; lo que la invención de la brújula para los viajes marítimos; lo que la invención del telescopio y de la imprenta, significa la invención del vellocino de oro, traído por los griegos en la nave Argos, muy semejante á la que llevó sobre sus tablas el peso de Magallanes y de Colón, y á la que, sembrando los pensamientos más trascendentales del espíritu moderno en las estelas dibujadas por las quillas sobre las claras aguas, llevó la libertad y el derecho á los senos de la progresiva y libre América. Un viaje por un progreso: he ahí lo que resulta claro después de visto el viaje de Jasón á la Cólquide.

¿Y cómo se gana este progreso? Todos los poseedores de algún favorable invento, á la humanidad beneficioso, guárdanlo como un recatado secreto, y envuélvenlo en impenetrables misterios. Eetes debía, en cumplimiento de tal humana condición, recatar con cuidado los progresos contenidos en la

prenda buscada por el ínclito viaje de los griegos. Lo cierto es que guardaba el vellocino de oro en sitio inefable á la palabra humana, inaccesible al humano esfuerzo, tan recatado y tan oculto como el santuario á los profanos, impedido y negado por los privilegios hieráticos. Las tradiciones cuentan que, no queriendo conceder por su propia utilidad ni negar por miedo á las venganzas ajenas el áureo vellocino, sujetó su revelación ó su conocimiento á miles de pruebas é iniciaciones á cual más ilusorias y engañosas. No podía, ni por su ciencia, ni por su esfuerzo, ganar el vellocino de oro. Necesitaba, pues, recurrir á otras industrias y recurrió al amor. Todo el mundo sabe cuánta influencia ejerce un verdadero navegante arribado con esplendor de regiones ricas y cultas sobre regiones pobres y bárbaras. El griego comenzaba en aquel entonces á mostrar ya la supremacía de su raza y de su región sobre todas las razas y todas las regiones del mundo. Llegados á un pueblo bárbaro en las tablas desgajadas del Pelión, y llevando por mástil una encina de la vieja Dodona que profería misteriosos oráculos, patentizaba naturalmente los privilegios de su tierra y de su pueblo sobre todas las tierras y sobre todos los pueblos del mundo. Nada tan propio y natural, pues, como el influjo ejercido por Jasón sobre todo cuanto le rodeaba en el sitio de